

XAVIER ZUBIRI, *Estructura de la metafísica*, Alianza Editorial, Madrid, 2016, pp. 299.

*Estructura de la metafísica* es una obra de Zubiri (1898-1983) que conjunta un libro que jamás terminó de redactar y un curso privado que dio en el año 1969, estos redactados en un bloque por el editor Esteban Vargas Abarzúa.

Zubiri, como exponente de la filosofía española, quiso expresar algunos de los puntos claves de la metafísica occidental y sus consideraciones. Las explicó en dos partes de su libro:

La primera parte, titulada “El problema de la estructura metafísica”, es una introducción al problema de la metafísica y una primera solución. El primer capítulo, “Algunas ideas clásicas acerca de la metafísica”, recorre brevemente la historia de la metafísica, tomando principalmente tres temas fundamentales: qué es la filosofía primera, cuál es su objeto y el horizonte en el cual se mueve. Por cada punto se han considerado seis de los metafísicos claves de la historia de la filosofía primera: Aristóteles, Tomás de Aquino, Descartes, Leibniz, Kant, Hegel. Aristóteles se mueve en un horizonte griego, el de la movilidad, y él entiende la metafísica a la vez como teología y a la vez como meta-física. Lo que de hecho investiga, no es la mera *cosa* como la ciencia clásica, sino el ente en cuanto ente y sus causas primeras. Ya a partir de la Biblia hasta el día de hoy, la metafísica se ha instaurado en un horizonte creacionista-nihilista. Esto aparece claro ya a partir de la visión del cristiano Tomás que hace de la filosofía primera una teología. Sus objetos pasan a ser Dios y el creado. Dios es el *Creator ex nihilo*, el infinto-eterno que crea el mundo de la nada. Como tal, este último ya no es algo de infinito, sino finito en cuanto creado. Tomás entonces hizo una metafísica de la finitud. A partir de Descartes se comenzó no sólo a ver la metafísica desde el mismo horizonte creacionista, sino más bien a hacer metafísica antropológica. Descartes empezó por dudar de toda la realidad para reconocer la única existencia de su *ego* en cuanto pensante. Será Dios, el indudable por excelencia, el que introduzca de nuevo la posibilidad de la existencia de las cosas. Como tal, esta metafísica se configura como una egología transcendental de la incertidumbre. Leibniz, más racional, identifica los objetos de la filosofía primera con las ideas objetivas. Éstas no son inciertas, sino verdaderas en la medida en que son posibles. Esta es una metafísica hiper-transcendental de lo posible. Kant, más radical, identifica el objeto de su estudio con las cosas cognoscibles, los objetos y Dios como garante de la praxis humana y de la existencia de las tres ideas transcendentales. Su metafísica es una antropología racional (¿Qué es el hombre?) en cuanto que reúne en sí tres tipos de metafísicas: la general (¿Qué puedo conocer?), la inmanente (¿Qué debo hacer?) y la transcendental (¿Qué puedo esperar?). Para finalizar el alemán Hegel hizo del Absoluto su objeto, entendido como unidad última o la Idea. Ésta resulta una metafísica de la razón absoluta, o sea, la lógica.

El segundo capítulo, “Los problemas fundamentales en estas concepciones de la metafísica”, es ya una introducción a la metafísica de Zubiri. La filosofía primera se configura como una nueva ciencia: es

decir *búsqueda* de otro modo de saber las cosas. Y en cuanto saber está inscrito en un horizonte, el cual ya no es una limitación, sino un abarcamiento de toda realidad por su índole de búsqueda indeterminada. Como ámbito puramente metafísico el horizonte es claramente trascendental. El concepto de esta trascendentalidad y su objeto es expuesto por Zubiri en la segunda parte de su libro. La segunda parte del libro, “La estructura de la metafísica”, está dividida en dos secciones.

La primera sección, “La aprehensión humana de las cosas: aprehensión de la realidad”, es un recorrido sobre el modo según el cual se *aprehende* la realidad, para luego entender esta última. Esta sección se desarrolla en tres capítulos.

El primer capítulo, “La aprehensión radical de las cosas”, es primariamente una crítica hacia la *logificación* de la inteligencia: no hay objetos en la inteligencia, ni primariamente conceptos, sino hay realidad primariamente sentida por la inteligencia. Todos empiezan a *aprehender*, como subraya Zubiri, a través de los sentidos. Las cosas se dan *de suyo* a la inteligencia, se imprimen en los sentidos, sean humanos o animales. Lo que los distingue es el modo en el cual se *aprehende* la realidad. Las cosas se imprimen en el animal, y sólo primariamente en el hombre, como puro estímulo, que en manera instintiva genera una respuesta. El hombre todavía procesa este estímulo no como el animal, sino con una inteligencia que lo hace reflexionar antes que reaccionar y modera el contenido. Este ya *aprehendido* no es sólo estímulo, sino que es formalidad de realidad, la cosa en cuanto sentida *de suyo* real, *de suyo* presente. Este es ya un carácter trascendental.

En el segundo capítulo, “La estructura de la inteligencia humana”, Zubiri entra en la cuestión principal de la sección, la relación que hay entre la estructura de la inteligencia y su objeto. El hombre no tiene dos o más facultades (por ejemplo sensibilidad, inteligencia y razón), sino que tiene una única facultad intelectual: la *inteligencia sentiente*. Aunque sea única, Zubiri explica su estructura a partir de una escisión en los componentes primarios: sentir e *inteligir*. El sentir humano son los sentidos, que se dan moderados por una inteligencia. La cuestión se complica cuando Zubiri dice que la inteligencia no podría existir sin los sentidos. Jamás se puede dar una inteligencia sin sensibilidad, en cuanto está fundada en ella. Además, como el hombre no es pura sensibilidad ni pura inteligencia, se van a generar dos potencias que unen esos elementos: *sentir intelectual* y *intelección sentiente*. Éstas no están separadas porque la realidad misma las une en su carácter de impresión formal. La cosa real se da a la inteligencia como *actualización*, que en el sentir intelectual se da como figura (vista), noticia (oído), nuda presencia (tacto), dirección tensa (kinestesia) e interioridad (sensibilidad interior). Y por medio de ellos la intelección sentiente conoce en los modos a ellos correspondientes: representación, manifestación, tanteo, versión-hacia e interiorización. En un nivel ulterior, en una *re-actualización* de esa realidad, la inteligencia en cuanto búsqueda va hacia dentro de la cosa para comprenderla en realidad. Esta es la razón en marcha que busca lo que no fue dado por los sentidos.

En el capítulo tercero, “La idea de realidad”, Zubiri sintéticamente afirma que la realidad no es otra

cosa que la formalidad que se hace presente a la inteligencia. Y como tal tiene un primer carácter, el de alteridad, en cuanto se da como algo otro que yo. Ésta nos da el carácter primario y fundamental de la realidad misma, su carácter transcendental: el *de suyo*. Esencia y existencia no serían transcendentales primeros, debido a que tienen que estar fundados en algo, en esta formalidad transcendental. Como tal, este *de suyo*, se configura como *prius* formal respecto de la inteligencia, en cuanto *aprehendido* por ella.

En la segunda sección, “Realidad y transcendentalidad”, Zubiri entra en el orto de la cuestión, o sea, en el verdadero carácter transcendental de la realidad y el orden que constituye.

En el primer capítulo, “La realidad como transcendental”, Zubiri afirma ya con radicalidad el objeto de la metafísica: la realidad en cuanto realidad. Esto implica que ésta tenga un carácter de transcendentalidad y él intenta buscarlo. Ante todo, el filósofo encuentra tres elementos de la realidad: formalidad, contenido y *talidad*. La formalidad lo es de un contenido, es el *de suyo* de esto. El contenido de la cosa es el conjunto de notas que constituye físicamente la cosa. La *talidad*, concepto propiamente zubiriano, es el contenido de una cosa sólo en cuanto *aprehendido* en la inteligencia. No cabe duda que la formalidad sea *prius* respecto su *talidad*, en cuanto esta está fundada en y por el *de suyo*. Igualmente no cabe duda que este último sea el *trans* de la *talidad*, en el sentido que la trasciende, pero siempre intrínsecamente en la realidad y abarcando las cosas en cuanto reales. Y este es propiamente el carácter transcendental de la realidad: el *de suyo* en cuanto intrínseco y abarcador.

El segundo capítulo, “La transcendentalidad del orden transcendental”, explica la constitución de un orden en cuanto individual y en cuanto total. Como hemos subrayado, *talidad* y formalidad, aunque sean diferentes, se implican. Esto lo hacen en una doble dirección: la formalidad determina la talidad (función talificante) y la talidad determina la formalidad (función transcendental). Esta última es lo que se entiende como el orto de la metafísica zubiriana, o sea, el orden transcendental. En el orden de la realidad, el orden transcendental queda actualizado por la talidad- en otras palabras, revertiéndose el *de suyo* hacia sí mismo por medio de la *talidad*- es físicamente constituido, es *de suyo* suyo, es una autoconstitución. En cuanto constitución, no está ni limitado, ni concluido, es transcendentalmente abierto a todas las cosas y por eso las abarca expandiéndose. Estos caracteres, apertura, indeterminación, y expansión, son los que determinan este orden de la realidad como transcendental. Todavía tenemos un segundo orden transcendental, el relativo a la inteligencia: el orden mismo, en cuanto constituido por la *talidad*, está constituido en mi intelección. La realidad como *prius* en la intelección determina un modo de ser mío: la subjetividad, y ésta no es otra cosa que mi *talidad*.

Las últimas páginas del libro corresponden al curso que Zubiri impartió en dos lecciones.

La primera, “Qué quiere decir estructura de la metafísica”, es un complemento al primer capítulo del libro mecanografiado. El primer capítulo, “La metafísica como ciencia”, escrito en forma más escolar, en concordancia con Aristóteles, identifica la metafísica con la ciencia en búsqueda, que se busca a sí misma. En el segundo capítulo, “Los problemas fundamentales de la metafísica”, Zubiri encuentra

algunos problemas de la filosofía primera que aparecen en toda época: qué es el objeto transcendental, dónde se busca, qué es lo buscado. Estas son las preguntas que Zubiri intenta responder según su filosofía primera. Son los temas de la segunda lección: “Qué es la estructura de la metafísica”.

Esta segunda lección es fundamental, puesto que es el verdadero aporte de Zubiri a la metafísica. Zubiri comienza con un capítulo de síntesis de la clase primera, y de ahí pasa a un segundo capítulo: “Qué es lo metafísico”. El filósofo se separa de las varias definiciones de objeto metafísico, identificándolo como sistema transcendental y dinámico de la realidad en cuanto tal. El tercer capítulo, “Lo metafísico como buscado”, explica lo que se busca a partir de la esencia transcendental. Lo que caracteriza los dos tipos de esencias, cerradas y abiertas, es el dinamismo. Lo transcendental no es lo manifiesto sino que es lo que el dinamismo busca propiamente. En las esencias cerradas y en las abiertas es propiamente la concreción física de los modos de realidad que crea. El dinamismo en cuanto tal hace concretos los modos de realidad por variación (esencia cerrada) o por personalización (esencia abierta). Estos son los que la metafísica busca, los que son los transcendentales mismos de la cosa, los que la caracterizan *de suyo* y la hacen suya. Esto está buscado a partir de un horizonte que ya no es nihilista o del movimiento, sino que es transcendentalmente factual. El hombre, por su naturaleza, está en un horizonte factual donde se mueve buscando lo transcendental de las cosas, sus modos de realidad.

Como ha quedado claro, este libro es un análisis fenomenológico de la metafísica a partir de los problemas y concepciones occidentales. Por lo tanto, se puede considerar esta obra de Zubiri como una importante contribución al desarrollo de la metafísica actual.

FEDERICA PULIGA